



VIA CRUCIS DE LA SINODALIDAD

Textos realizados por D. Jorge Zazo, Vicario de Pastoral de la Diócesis de Ávila

El Papa Francisco está promoviendo la sinodalidad como el estilo propio de los bautizados. Para ello, se requiere ante todo una conversión espiritual que integre valores esenciales del Evangelio. Este via crucis propone descubrir en los misterios de la Pasión de Cristo algunos de los rasgos necesarios para vivir esta dimensión de la Iglesia.

Introducción

Esta madrugada, como cada Viernes Santo, nos disponemos a acompañar a Jesús en su *via crucis*, en su camino hacia la cruz. Es un tránsito que el Señor recorre en una sobrecogedora soledad, apenas mitigada por el encuentro con algunos rostros amigos: su Madre, Verónica, un grupo de mujeres, Simón de Cirene, Juan... Aún así, ninguna de estas presencias acalla la soledad del Salvador, profunda, intensa, libremente asumida quizá por eso que los sabios han llamado «una sorprendente ley de la historia», según la cual «quienes más soledad han soportado, más compañía han suscitado; quienes más se han adentrado en la noche, más han sabido de la luz del día; quienes más silencio han cultivado, más palabras vivas han tenido»¹.

«Adonde yo voy no me puedes seguir ahora, me seguirás más tarde» (Jn 13, 36), le había dicho Jesús a Pedro durante la Última Cena. Nosotros vivimos ya en ese «más tarde» anunciado, en el momento en que, con Pedro y bajo Pedro, nos hacemos compañeros del Señor. Ser cristianos es, sencillamente, caminar juntos al lado de Cristo, haber acogido con gozo la llamada a estar con él en ese itinerario que recorre, atravesando la muerte, hasta llegar a la gloria de la Resurrección. Por eso con razón decía san Juan Crisóstomo que la Iglesia, el conjunto de los bautizados, tiene nombre de *sínodo*, palabra griega que significa «camino que se hace con otros»².

Para caminar juntos, con el Señor y en el Señor, necesitamos ser capaces de reconocer su voz, de discernir su presencia y su voluntad, de dejarnos llevar por donde él quiera guiarnos. En este *via crucis* pedimos la gracia de saber escuchar lo que el Espíritu nos dice, personalmente y en comunidad, a fin de ser verdaderamente Pueblo de Dios peregrino en la Historia.

¹ O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *Jesucristo. Soledad y compañía*, Salamanca (Sígueme) 2016, 105.

² Cf. S. JUAN CRISÓSTOMO, *Comentario a los Salmos* 149, 1.

PRIMERA ESTACIÓN
JESÚS ES CONDENADO A MUERTE

V:/ Te adoramos, Cristo, y te bendecimos
R:/ Que por tu Santa Cruz redimiste el mundo.

Del evangelio según San Juan (19,6-10)

Cuando lo vieron los sumos sacerdotes y los guardias, gritaron: «¡Crucifícalo, crucifícalo!». Pilato les dijo: «Llevadlo vosotros y crucificadlo, porque yo no encuentro culpa en él». Los judíos le contestaron: «Nosotros tenemos una ley, y según esa ley tiene que morir, porque se ha hecho Hijo de Dios». Cuando Pilato oyó estas palabras, se asustó aún más. Entró otra vez en el pretorio y dijo a Jesús: «¿De dónde eres tú?». Pero Jesús no le dio respuesta. Y Pilato le dijo: «¿A mí no me hablas? ¿No sabes que tengo autoridad para soltarte y autoridad para crucificarte?».

Meditación

Capacidad de silencio.

Impresiona contemplar el silencio de Jesús en su pasión. Cuando comparece ante el Sanedrín, el sumo sacerdote, sorprendido por ello, le pregunta: «“¿No tienes nada que responder? ¿Qué son esos cargos que presentan contra ti?”. Pero él callaba, sin dar respuesta» (Mc 14, 60b-61). Llevado ante Herodes, el rey «le hacía muchas preguntas con abundante verborrea; pero él no contestó nada» (Lc 23, 9). Pilato llega casi a considerar un desacato que no abra la boca. Contrasta fuertemente ese silencio de Cristo, que apenas va a decir unas pocas palabras esenciales, con el retumbante clamor de sus acusadores: los gritos que exigen su crucifixión, las calumnias levantadas en su contra, la indignación de los dirigentes judíos, la prepotencia del procurador romano...

Hablan mucho quienes, prisioneros de su ideología, quieren justificar con argumentos lo que en el fondo saben que no son más que prejuicios. Hablan mucho los que, cerrados a la verdad, no quieren escuchar ni dejarse cuestionar por la eterna novedad de un Dios que siempre nos sorprende. Hablan mucho, en fin, aquellos que desean imponer su voluntad en vez de acoger humildemente los designios del Padre.

Oración

Señor, tu silencio nos interpela. Ayúdanos a imitarlo, para saber escuchar tu voz en los hermanos. Enséñanos a custodiarlo, para ir más allá de las pasiones que agitan nuestro corazón. Que no hablemos precipitadamente y que, cuando lo hagamos, seamos capaces, a ejemplo tuyo, de dar testimonio de tu verdad; para que nunca seamos nosotros, sino tú, el centro de nuestros planteamientos. Sólo así caminaremos juntos, en pos de ti.

Padre nuestro...

Señor, pequé. Tened piedad y misericordia de mí. Bendita y alabada sea la Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo, y los dolores y lágrimas de su Santísima Madre. Amén.

SEGUNDA ESTACIÓN
JESÚS CARGA CON LA CRUZ

V:/ Te adoramos, Cristo, y te bendecimos
R:/ Que por tu Santa Cruz redimiste el mundo.

Del profeta Isaías (53, 4-5)

Él soportó nuestros sufrimientos y aguantó nuestros dolores; nosotros lo estimamos leproso, herido de Dios y humillado; pero él fue traspasado por nuestras rebeliones, triturado por nuestros crímenes. Nuestro castigo saludable cayó sobre él, sus cicatrices nos curaron.

Meditación

Empatía.

Cuando Jesús coge la cruz, está poniéndose en nuestro lugar. Él es inocente; aquél que, pese a que «no había cometido crímenes ni hubo engaño en su boca» (Is 53, 9), sin embargo «fue contado entre los pecadores» (Is 53, 12). Él, el Hijo de Dios, se hace cargo de las culpas de los hijos de los hombres. Él, el verdadero y nuevo Adán, acepta asumir las consecuencias de un pecado original que no le afectaba, para liberarnos a nosotros de aquella maldición en la que habíamos incurrido con nuestras faltas y de la que no podíamos salir por nuestras propias fuerzas.

Sólo quien está dispuesto a ponerse en el lugar del otro puede, en realidad, caminar con él. ¡Cuántas veces, y con cuanta agresividad, cerramos nuestro corazón al hermano! Nos creemos superiores, nos resultan intolerables sus planteamientos. Hay ocasiones en las que llegamos incluso a sentir repugnancia de que los demás puedan sospechar que pensamos como él. Cuando esto pase, miremos a Cristo abrazado a la cruz, y pidámosle la gracia de saber ponernos en lugar del hermano, incluso del que discrepa de nosotros.

Oración

Señor Jesús, al coger la cruz tiendes los lazos de la verdadera fraternidad. Eres más grande que el dolor, que el pecado, que la maldición, que la muerte. Por eso no temes abrazarte a ellos y, de este modo, ligarte íntimamente a nosotros y unirnos a todos en ti. Concédenos la gracia de saber ponernos siempre en lugar nuestros hermanos, para caminar juntos contigo hacia la gloria de la resurrección.

Padre nuestro...

Señor, pequé. Tened piedad y misericordia de mí. Bendita y alabada sea la Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo, y los dolores y lágrimas de su Santísima Madre. Amén.

TERCERA ESTACIÓN
JESÚS CAE POR PRIMERA VEZ

V:/ Te adoramos, Cristo, y te bendecimos
R:/ Que por tu Santa Cruz redimiste el mundo.

De la carta del apóstol san Pablo a los Filipenses (2, 3-5)

No obréis por rivalidad ni por ostentación, considerando por la humildad a los demás superiores a vosotros. No os encerréis en vuestros intereses, sino buscad todos el interés de los demás. Tened entre vosotros los sentimientos de Cristo Jesús.

Meditación

Humildad.

Ver a Cristo por tierra destaca ante nuestros ojos la humildad de Dios. El que hizo todo cuanto existe, el «Santo, Fuerte e Inmortal», como lo aclamamos en la liturgia del Viernes Santo³, cae bajo el peso de un madero, agotado por el cansancio, los azotes y las burlas. No hace alarde de su grandeza, no muestra su infinito poder. Cae, como uno de tantos. Su rostro choca contra el humus de la tierra. Esa humildad contrasta con nuestros sueños de grandeza. Ya en la Antigua Alianza, el Padre había revelado que precisamente los humildes eran sus preferidos, diciendo a través del profeta: «en ese pondré mis ojos: en el humilde y abatido que se estremece ante mis palabras» (Is 66, 2). María, con tantos otros en Israel, había cantado que Dios «se ha fijado en la humildad de su esclava» (Lc 1, 48). A Dios no sólo le complacen los humildes; él mismo se hace humilde, encarnándose y cayendo bajo la cruz. Jesús es humilde, y nosotros necesitamos humildad para poder caminar con Él, para hacerlo juntos, compartiendo su camino, participando de su destino, colaborando con su misión⁴.

Oración

Señor Jesús, tú, siendo de condición divina, no has retenido ávidamente el ser igual a Dios; al contrario, te has despojado de ti mismo, tomando la condición de esclavo, hecho semejante a los hombres. Reconocido como hombre por tu presencia, te has humillado a ti mismo, haciéndote obediente hasta la muerte, y una muerte de cruz. Concede a todos tus fieles el don de la verdadera humildad para caminar juntos, contigo y como tú.

Padre nuestro...

Señor, pequé. Tened piedad y misericordia de mí. Bendita y alabada sea la Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo, y los dolores y lágrimas de su Santísima Madre. Amén.

CUARTA ESTACIÓN

JESÚS ENCUENTRA A SU MADRE

V:/ Te adoramos, Cristo, y te bendecimos

R:/ Que por tu Santa Cruz redimiste el mundo.

Del evangelio según San Lucas (11, 27-28)

³ *Misal Romano*, Celebración de la Pasión del Señor, 20 (Improperios).

⁴ Cf. COMISIÓN TEOLÓGICA INTERNACIONAL, *La sinodalidad en la vida y en la misión de la Iglesia*, Roma 2019, 112: «Una actitud esencial en el diálogo sinodal es la humildad, que propicia la obediencia de cada uno a la voluntad de Dios y la recíproca obediencia en Cristo».

Mientras Jesús hablaba estas cosas, aconteció que una mujer de entre el gentío, levantando la voz, le dijo: «Bienaventurado el vientre que te llevó y los pechos que te criaron». Pero él respondió: «Mejor, bienaventurados los que escuchan la Palabra de Dios y la cumplen».

Meditación

Gustar internamente.

Subiendo al Calvario, Jesús encuentra a su Madre. Sus miradas se cruzan y quizá, en medio del dolor, el Señor esbozara una sonrisa. Él, nuevo Adán, realiza este momento cumbre de la redención del mundo acompañado de María, la nueva Eva. Su camino hacia la cruz, el camino salvador de la humanidad, no lo recorre solo. Lo acompaña, ya hasta el final de los tiempos, su Madre, en quien, como modelo de la Iglesia, nos reconocemos todos los discípulos, reunidos bajo su manto.

María fue elogiada por escuchar la Palabra de Dios y cumplirla (cf. Lc 11, 28). Su actitud quedó clara el día en que el ángel le anunció que iba a ser la Madre del Mesías: «Aquí está la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra» (Lc 1, 38). El mismo Cristo, Hijo eterno, en su humanidad aprendió de María a escuchar la voz de su Padre celestial. Lo hizo atendiendo a sus lecciones sobre la Sagrada Escritura, sobre cómo ésta no era letra muerta que narra gestas pasadas, sino algo tan vivo que sigue moviendo los corazones. Lo hizo adquiriendo esa actitud interior tan característica de la Virgen, capaz de sopesar el paso de Dios por la vida cotidiana, y que el Evangelio describe afirmando que «María conservaba todas estas cosas meditándolas en el corazón» (Lc 2, 19; cf. 2, 51). Lo hace ahora, en el momento del sufrimiento, porque también a través de él habla Dios y puede ser escuchado por quien está interiormente abierto a su voz.

Oración

Señor, que María nos enseñe cada día a leer la Biblia con ánimo orante, en el mismo Espíritu en que fue escrita⁵. Que bajo su mano podamos descubrir cómo el Padre nos sigue hablando a través de ella. Que adquiramos de tu Madre la virtud de meditar con el corazón, pues «no el mucho saber harta y satisface el ánimo, mas el sentir y gustar las cosas internamente»⁶. Que, guiados por su dulce compañía, podamos descubrir el amor de Dios también en los momentos de dolor.

Dios te salve, María...

Señor, pequé. Tened piedad y misericordia de mí. Bendita y alabada sea la Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo, y los dolores y lágrimas de su Santísima Madre. Amén.

QUINTA ESTACIÓN

EL CIRINEO AYUDA A JESÚS A LLEVAR LA CRUZ

V:/ Te adoramos, Cristo, y te bendecimos

R:/ Que por tu Santa Cruz redimiste el mundo.

Del evangelio según San Marcos (15,21)

⁵ Cf. CONCILIO VATICANO II, *Dei Verbum*, 12.

⁶ S. IGNACIO DE LOYOLA, *Ejercicios Espirituales*, 2.

Pasaba uno que volvía del campo, Simón de Cirene, el padre de Alejandro y Rufo; y lo obligan a llevar la cruz.

Meditación

Providencia.

A simple vista, todo parecía casualidad. Aparentemente, daba la casualidad de que Jesús estaba ya tan mal que necesitaba ayuda para poder llegar vivo al Calvario. Aparentemente, fue casualidad que Simón de Cirene, y no otro, acertara a pasar por ahí justo en ese momento. Aparentemente, sería también casualidad que sus hijos fueran después miembros reconocidos de la comunidad cristiana y por eso el evangelista los cite por su nombre. Aparentemente, todo se debe a la casualidad. Pero el creyente sabe que la casualidad no existe. Cuanto acontece es, en realidad, fruto de un proyecto cuidadosamente guiado por la mano providente del Señor de la historia, que nos ama con locura. «La casualidad —decía el cardenal Biffi— es tan sólo el disfraz asumido por un Dios que quiere pasear de incógnito por las calles del mundo»⁷.

Ese encuentro, aparentemente casual, cambió la vida de Simón de Cirene. Por eso el Papa Francisco nos pide estar atentos a las cosas inesperadas, ya que «Dios trabaja a través de los eventos no programables, ese “por casualidad”», y nos invita a «ver qué sucede cuando vivimos cosas que no esperamos y ahí aprendemos a conocer nuestro corazón, cómo se mueve»⁸.

Oración

Señor, la mano de tu Padre continúa guiando la historia. A través de lo inesperado, su voluntad amorosa sigue abriéndose paso en medio del mundo. Aviva en nosotros la virtud de la esperanza. Que nunca nos dé miedo lo imprevisto, sino que lo descubramos como una oportunidad para acercarnos a ti. Que confiemos en que, incluso detrás de lo no programado, de lo inesperado, está tu invitación a que te conozcamos, te amemos y lleguemos, de tu mano y junto a ti, a la vida eterna.

Padre nuestro...

Señor, pequé. Tened piedad y misericordia de mí. Bendita y alabada sea la Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo, y los dolores y lágrimas de su Santísima Madre. Amén.

SEXTA ESTACIÓN

LA VERÓNICA ENJUGA EL ROSTRO DE JESÚS

V:/ Te adoramos, Cristo, y te bendecimos

R:/ Que por tu Santa Cruz redimiste el mundo.

De la carta del apóstol San Pablo a los Gálatas (5, 22-25)

El fruto del Espíritu es: amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, lealtad, modestia, dominio de sí. Contra estas cosas, no hay ley. Y los que son de Cristo Jesús han

⁷ Cf. G. BIFFI, *Omelia nell'ottantesimo compleanno al Santuario della Madonna di San Luca*, en <https://www.youtube.com/watch?v=KRiyGYTtUY>, visitado el 7 de marzo de 2024.

⁸ FRANCISCO, *Audiencia general*, 7 de septiembre de 2022.

crucificado la carne con las pasiones y deseos. Si vivimos tras el Espíritu, marchemos tras el Espíritu.

Meditación

Reconocer mociones.

Para caminar con Jesús hay que aprender a escuchar su voz, a discernir su presencia y su palabra en lo más profundo de nuestro corazón. Para ello es necesario saber reconocer sus mociones. Se trata de percibir cuándo una idea o el impulso para tomar una decisión vienen realmente de Dios y no son el resultado de nuestra mera reflexión racional o una insinuación del diablo. Uno de los signos es que se experimentan en el alma los frutos del Espíritu que san Pablo enumera en la carta a los Gálatas. Se imprimen en el interior de una manera honda y estable, semejante, en cierto modo, a la impresión de la faz de Cristo en el velo de Verónica. No se trata de sentimientos o vivencias pasajeros, tan livianos como el polvo que se adhiere superficialmente a un lienzo y se desprende con facilidad. Es algo que nos afecta en la entraña más íntima de nuestra alma, y que lleva siempre consigo la imagen del Crucificado. Son verdaderos si nos van configurando en lo concreto de nuestra vida con Jesús, que se entrega por amor, en pobreza y desprendimiento. Se percibe claramente que una moción viene del Espíritu cuanto más nos acerca a hacer nuestro el deseo de san Ignacio: «por imitar y parecer más actualmente a Cristo nuestro Señor, quiero y elijo más pobreza con Cristo pobre que riqueza, oprobios con Cristo lleno dellos que honores, y desear más de ser estimado por vano y loco por Cristo, que primero fue tenido por tal, que por sabio ni prudente en este mundo»⁹.

Oración

Señor, nuestra sociedad concede mucho valor a sentimientos superficiales. Nosotros sabemos que tú hablas al corazón y queremos reconocer tu voz. Enséñanos a distinguir qué afectos proceden de ti y cuáles tienen otros orígenes. Marca la imagen de tu cruz tan profundamente en nuestro interior, que sólo deseemos entregarnos por amor, contigo y como tú.

Padre nuestro...

Señor, pequé. Tened piedad y misericordia de mí. Bendita y alabada sea la Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo, y los dolores y lágrimas de su Santísima Madre. Amén.

SÉPTIMA ESTACIÓN JESÚS CAE POR SEGUNDA VEZ

V:/ Te adoramos, Cristo, y te bendecimos

R:/ Que por tu Santa Cruz redimiste el mundo.

Del libro del Génesis (2, 4b.7)

El día en que el Señor Dios hizo tierra y cielo... modeló al hombre del polvo del suelo e insufló en su nariz aliento de vida; y el hombre se convirtió en ser vivo.

⁹ S. IGNACIO DE LOYOLA, *Ejercicios Espirituales*, 167.

Meditación

Espíritu.

Jesús vuelve a caer. Agotado por el esfuerzo, jadeante, respira sobre la tierra del camino. La escena nos recuerda el relato del Génesis. En él se presenta a Dios soplando sobre el barro. Gracias a ese aliento divino, que es el Espíritu Santo, lo que hasta entonces no era más que frágil materia se llena de vida y nace el ser humano.

¡Cuántas veces nuestras decisiones, proyectos y empresas han mostrado su inconsistencia! Hemos querido hacer cosas buenas, movidos por la mejor intención e incluso con un deseo sincero de servir al Señor. Pero, si no nos asiste el Espíritu, todo es tan quebradizo como un recipiente de arcilla. El Espíritu Santo no sólo nos permite escuchar la voz de Dios. Es también quien transforma cada paso de nuestro pobre seguimiento en algo lleno de vida y alegría, en un hermoso canto cuya belleza y gozo no son opacados por las caídas que podamos sufrir.

Oración

Ven, Espíritu Santo. Sin ti Dios está lejos; Cristo queda en el pasado; el Evangelio es letra muerta; la Iglesia, una simple organización; la autoridad, una dominación; la misión, una propaganda; el culto, una mera evocación; la vida cristiana, una moral de esclavos. En cambio, contigo, el cosmos se levanta y gime en el parto del Reino; el hombre lucha contra la carne; Cristo está presente; el Evangelio es fuerza de vida; la Iglesia, signo de comunión trinitaria; la autoridad, un servicio liberador; la misión, un gozoso Pentecostés; la liturgia, memorial y anticipación; y la vida humana es divinizada¹⁰.

Padre nuestro...

Señor, pequé. Tened piedad y misericordia de mí. Bendita y alabada sea la Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo, y los dolores y lágrimas de su Santísima Madre. Amén.

OCTAVA ESTACIÓN

JESÚS CONSUELA A LAS MUJERES DE JERUSALÉN

V:/ Te adoramos, Cristo, y te bendecimos

R:/ Que por tu Santa Cruz redimiste el mundo.

Del libro de los Proverbios (31, 10. 29-31)

Una mujer fuerte, ¿quién la hallará? Supera en valor a las perlas... «Hay muchas mujeres fuertes, pero tú las ganas a todas». Engañosa es la gracia, fugaz la hermosura; la que teme al Señor, merece alabanza. Cantadle por el éxito de su trabajo, que sus obras la alaben en público.

Meditación

El puesto de la mujer.

No sabemos exactamente quiénes eran las mujeres que, según el evangelio, «se golpeaban el pecho y lanzaban lamentos por él» (Lc 23, 27). ¿Eran plañideras profesionales, quizá

¹⁰ Cf. IGNACIO DE LATAKIA, *Discurso a la III Asamblea Mundial de las Iglesias* (julio 1968), citado por R. CANTALAMESSA, *El canto del Espíritu. Meditaciones sobre el Veni Creator*, Madrid (PPC) 1998, 67.

damas piadosas que simplemente se escandalizaban ante cualquier ejecución pública o se trataba de aquel grupo que acompañaba a Jesús y «le servían con sus bienes» (Lc 8, 3)? Probablemente hubiera de todo; pero sin duda estaban también estas últimas, ya que san Lucas nos informa de que, una vez muerto el Señor, «las mujeres que lo habían acompañado desde Galilea lo siguieron, y vieron el sepulcro y cómo había sido colocado su cuerpo» (Lc 23, 55). Estas discípulas, por tanto, mostraron más valor que la mayoría de los apóstoles, estando junto al Maestro en lo más duro de su Pasión y en su cruz. Muchas mujeres han sido a lo largo de los siglos, y siguen siendo hoy, esenciales para la transmisión del Evangelio. ¡Cuántas madres y abuelas enseñan a rezar a sus hijos y nietos, cuántas esposas reconducen a Cristo a sus maridos, cuántas religiosas consagran su vida al Señor, cuántas catequistas inician en la fe, cuántas visitadoras socorren a los enfermos, cuántas voluntarias realizan y sostienen la caridad de la Iglesia, cuántas profesionales dan testimonio de la Resurrección en su trabajo y ambientes, cuántas bautizadas coordinan servicios diocesanos, cuántas son verdaderas «santas de la puerta de al lado»¹¹ que nos edifican a todos! Una Iglesia que busca la voluntad del Señor, que camina como Pueblo de Dios, no deja de dar gracias por estas hermanas, de escucharlas, de reconocer su valor y potenciar su misión.

Oración

Señor, te damos gracias por la inmensa cantidad de mujeres que son tus compañeras, testigos valientes y eficaces de tu resurrección. Te pedimos perdón si a veces, por influencia de la cultura que nos rodea o del pecado que a todos nos ata, se han sentido minusvaloradas. Tú, que has querido contar con varones para el ejercicio esencial del ministerio apostólico, no por ello has dejado de llamar a hombres y mujeres para que desempeñen otras misiones, igualmente necesarias para el bien común de la Iglesia y de la humanidad. Te damos gracias por la diversidad de tu Pueblo y sus diferentes vocaciones.

Padre nuestro...

Señor, pequé. Tened piedad y misericordia de mí. Bendita y alabada sea la Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo, y los dolores y lágrimas de su Santísima Madre. Amén.

NOVENA ESTACIÓN JESÚS CAE POR TERCERA VEZ

V:/ Te adoramos, Cristo, y te bendecimos

R:/ Que por tu Santa Cruz redimiste el mundo.

Del evangelio según san Mateo (26, 39)

Jesús, adelantándose un poco cayó rostro en tierra y oraba diciendo: «Padre mío, si es posible, que pase de mí este cáliz. Pero no se haga como yo quiero, sino como quieres tú».

Meditación

¹¹ Cf. FRANCISCO, *Gaudete et exultate*, Roma 2018, 7.

Buscar la voluntad del Padre.

La tradición ha contado tres caídas de Jesús en el camino de la cruz. Pero los evangelios transmiten que ya había caído anteriormente, cuando en Getsemaní se postra y ora entre sudores de sangre (cf. Lc 22, 44).

Cristo, «aún siendo Hijo, aprendió, sufriendo, a obedecer» (Hb 5, 8). Nuestra dificultad para el discernimiento no consiste sólo en que no sea fácil reconocer la voluntad del Padre; es que con frecuencia nos falta ánimo para aceptarla y cumplirla. ¡Qué paradoja, la del corazón humano! Sabemos que Dios es el sumo bien, y sin embargo desconfiamos de que, obedeciéndole, alcancemos lo mejor. Dios es la verdad suprema, pero frecuentemente preferimos seguir refugiándonos en el aparente confort de nuestras mentiras. Dios es la vida y la alegría; pero el diablo sigue metiéndonos cizaña contra él, tentándonos como hizo con Eva, presentándolo no como un Padre que nos ama entrañablemente, sino como una especie de tirano de cuyo yugo conviene liberarse.

En Getsemaní, caído en tierra, Jesús comparte nuestra fragilidad, pero la vence desde su condición de Hijo. Con él también nosotros pedimos: que se haga, Padre, como tú quieres; pues en tus manos somos felices. Tú no permites que seamos tentados por encima de nuestras fuerzas (cf. 1Cor 10, 13), nos cuidas con más amor que a las aves del cielo o a los lirios del campo (cf. Mt 6, 26-30). Incluso si tenemos que atravesar por la noche oscura, por la prueba de la cruz, todo es para nuestro bien. Tú nos conduces a la gloria de tu luz, y nos sustentas con tu fuerza y con tu paz.

Oración

Señor Jesús, cada ser humano ha sido creado para alabar, hacer reverencia y servir a Dios y mediante esto salvar el alma¹². Concédenos que nada nos aparte de ese servicio santo. Danos luz para conocer la voluntad del Padre y la fuerza necesaria para cumplirla, sabiendo que en ella radica nuestra alegría y nuestra victoria.

Padre nuestro...

Señor, pequé. Tened piedad y misericordia de mí. Bendita y alabada sea la Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo, y los dolores y lágrimas de su Santísima Madre. Amén.

DÉCIMA ESTACIÓN

JESÚS ES DESPOJADO DE SUS VESTIDURAS

V:/ Te adoramos, Cristo, y te bendecimos

R:/ Que por tu Santa Cruz redimiste el mundo.

De la segunda carta del apóstol san Pablo a los Corintios (6, 4-10)

Nos acreditamos en todo como ministros de Dios, con mucha paciencia en tribulaciones, infortunios, apuros; en golpes, cárceles, motines, fatigas, noches sin dormir y días sin comer; procedemos con limpieza, ciencia, paciencia y amabilidad; con el Espíritu Santo y con amor sincero; con palabras verdaderas y la fuerza de Dios; con las armas de la justicia, a derecha e izquierda; a través de honra y afrenta, de mala y buena fama; como impostores que dicen la verdad, desconocidos, siendo conocidos de sobra, moribundos

¹² Cf. S. IGNACIO DE LOYOLA, *Ejercicios Espirituales* 23.

que vivimos, sentenciados nunca ajusticiados; como afligidos, pero siempre alegres, como pobres, pero que enriquecen a muchos, como necesitados, pero poseyéndolo todo.

Meditación

Pobreza.

Al ser despojado de sus vestiduras, Jesús pierde sus últimas posesiones terrenas. Si ya previamente había reconocido que «el Hijo del hombre no tiene dónde reclinar la cabeza» (Mt 8, 20), ahora los soldados le arrebatan lo último que era suyo, su ropa, y con ella también pretenden privarle de su dignidad.

El Papa Francisco, inmediatamente después de haber sido elegido Sucesor de Pedro, declaró que «quisiera una Iglesia pobre y para los pobres»¹³. No es un idealismo vacío. La pobreza nos asemeja a Jesús, nos permite vivir como él, nos ayuda a reconocer la voz del Espíritu Santo. Muchas veces el principal obstáculo para cumplir la voluntad del Padre y seguir a Cristo, como le pasó al joven rico del evangelio (cf. Mc 10, 22), es el miedo a perder las riquezas: las materiales y las que son, para nosotros, la buena fama, el confort, el reconocimiento social, el prestigio de nuestros propios criterios. Sin pobreza no se da esa santa indiferencia que san Ignacio postula necesaria para poder discernir.

Oración

Tomad, Señor, y recibid toda mi libertad, mi memoria, mi entendimiento y toda mi voluntad, todo mi haber y mi poseer; Vos me lo distes; a Vos, Señor, lo torno; todo es vuestro, disponed a toda vuestra voluntad; dadme vuestro amor y gracia, que ésta me basta¹⁴.

Padre nuestro...

Señor, pequé. Tened piedad y misericordia de mí. Bendita y alabada sea la Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo, y los dolores y lágrimas de su Santísima Madre. Amén.

UNDÉCIMA ESTACIÓN

JESÚS ES CLAVADO EN LA CRUZ

V:/ Te adoramos, Cristo, y te bendecimos

R:/ Que por tu Santa Cruz redimiste el mundo.

Del evangelio según san Juan (19, 35-27)

El que lo vio da testimonio, y su testimonio es verdadero, y él sabe que dice verdad, para que también vosotros creáis. Esto ocurrió para que se cumpliera la Escritura: «No le quebrarán un hueso»; y en otro lugar la Escritura dice: «Mirarán al que atravesaron».

Meditación

Testimonio.

¹³ FRANCISCO, *Encuentro con los representantes de los medios de comunicación*, Roma 16 de marzo de 2013.

¹⁴ S. IGNACIO DE LOYOLA, *Ejercicios Espirituales*, 234.

La crucifixión del Señor nos ha llegado a través del testimonio de quienes estuvieron presentes. Ellos no hablan de teorías ni inventan historias. Se hacen garantes de lo que han visto y oído (cf. 1Jn 1, 3). Pero son testigos de una manera especial. El evangelista san Juan, por ejemplo, no se limita a levantar acta de unos acontecimientos. También acredita que esos hechos cambiaron su vida. Él, que hasta entonces había sido un simple pescador de Galilea, recibió de tal forma el encuentro con Cristo, que pasó a ser universalmente conocido como «el discípulo a quien Jesús amaba» (cf. Jn 13, 23 *et passim*), heraldo del Evangelio por el mundo entero. El testigo de la fe se deja transformar por ella, en una experiencia que no es meramente subjetiva. Se interpreta desde la objetividad de la Sagrada Escritura y puede hacer a los otros partícipes de lo que él mismo ha vivido. San Pablo VI escribió que «el hombre contemporáneo escucha más a gusto a los que dan testimonio que a los que enseñan, o si escuchan a los que enseñan es porque dan testimonio»¹⁵. Para caminar juntos como Pueblo de Dios, discerniendo la voluntad del Padre, más decisivo que compartir ideas es poner en comunión la experiencia de Cristo recibida en la fe.

Oración

Señor, tu Espíritu Santo nos ayuda a descubrirte y amarte. Gracias a Él no eres para nosotros un mero recuerdo de un pasado lejano, ni el protagonista de una novela ejemplar, ni una hipótesis necesaria para construir un sistema moral. El Espíritu nos permite descubrirte presente, vivo a nuestro lado, modelando con ternura nuestro corazón desde la entrega de tu vida en la cruz. Concédenos siempre ese Espíritu que nos abra los ojos de la fe para descubrirte, para gustar siempre el gozo tu compañía y gozar de su consuelo.

Padre nuestro...

Señor, pequé. Tened piedad y misericordia de mí. Bendita y alabada sea la Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo, y los dolores y lágrimas de su Santísima Madre. Amén.

DUODÉCIMA ESTACIÓN JESÚS MUERE EN LA CRUZ

V:/ Te adoramos, Cristo, y te bendecimos

R:/ Que por tu Santa Cruz redimiste el mundo.

Del evangelio según san Juan (15, 13-15)

Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos si hacéis lo que yo os mando. Ya no os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor: a vosotros os llamo amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer.

Meditación

Pasión por Cristo.

¹⁵ S. PABLO VI, *Discurso a los miembros del Consejo de Laicos*, 2 de octubre de 1974; cit. en *Evangelii nuntiandi* (1975) 41.

Durante la Última Cena, Jesús mismo quiso explicar el sentido de su muerte. Él la acepta como la prueba suprema del inmenso amor con que nos ama. Es decisivo comprender esto. A veces nosotros podemos preguntarle a Dios: «Si tanto nos quieres, ¿por qué todavía nos permites morir?». Ciertamente, llegará un día, cuando Cristo retorne, en que los muertos resuciten y se acabe la muerte para siempre. Eso sucederá; pero no ahora. Si en este momento Dios nos librara del morir, tendríamos claro que Él existe, que es poderoso y bueno. Pero todavía no habríamos descubierto cuál es la medida de su amor. También un amo concede regalos a sus siervos. Sin embargo, Dios nos ha querido hacer sus amigos. Y para ello tenía que compartir todo lo que nosotros somos y tenemos, incluso en lo que más nos asusta, en donde nos sentimos más solos, en donde parece que se oscurece toda alegría: en el tener que morir. La prueba de que Dios nos ama no es que nos libre de la muerte, es que muere con nosotros y por nosotros. Lo percibió incluso un autor tan alejado de la Iglesia como José Luis Sampedro cuando puso en boca de uno de sus personajes que «me sería más fácil creer en un Dios incapaz de morir; pero me sería más difícil poner en sus manos mi esperanza»¹⁶.

Si se comprende esto, entonces uno accede a todo lo que significa la fe; también al hecho de ser Pueblo que peregrina unido en el discernimiento de la voluntad del Padre. Lo decisivo en este camino es intentar corresponder con todo el corazón, con toda el alma y todas las fuerzas, a ese amor infinito que Dios nos ha mostrado en Cristo.

Oración

Señor, lo que sea; pero contigo. Donde sea; pero contigo. Con quien sea; pero siempre contigo. Tú nos has amado hasta el extremo. Tú, el Eterno, nos has querido hacer tus amigos. Tú te has puesto a nuestro lado, y has transitado hasta por las cañadas oscuras de la muerte que todos quisiéramos evitar. Has bajado a nuestro infierno para disolver su oscuridad con la luz de tu presencia. Jesús, tú eres nuestro cielo, nuestro bien, nuestra delicia, nuestro todo. Concédenos la gracia de corresponderte amándote inmensamente. Y jamás permitas, Señor, que nos separemos de ti.

Padre nuestro...

Señor, pequé. Tened piedad y misericordia de mí. Bendita y alabada sea la Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo, y los dolores y lágrimas de su Santísima Madre. Amén.

DECIMOTERCERA ESTACIÓN

JESÚS ES DESCENDIDO DE LA CRUZ Y PUESTO EN BRAZOS DE SU MADRE

V:/ Te adoramos, Cristo, y te bendecimos

R:/ Que por tu Santa Cruz redimiste el mundo.

Del libro del profeta Jeremías (14, 17)

Mis ojos se deshacen en lágrimas, de día y de noche no cesan; por la terrible desgracia que padece la doncella, hija de mi pueblo, una herida de fuertes dolores.

Meditación

¹⁶ J.L. SAMPEDRO, *El río que nos lleva*, Barcelona (Destino) 1993, 100.

Sentir con la Iglesia.

El cadáver de Jesús es acogido por María. El dolor por la muerte de su Hijo es para ella la espada que le atraviesa el alma, ésa que le fue anunciada proféticamente cuando, recién nacido, lo llevó al templo (cf. Lc 2, 35). En su corazón materno se acompasa el grito del propio sufrimiento con el de todos los discípulos que en ese momento se sienten fracasados, desorientados, sin rumbo. Pero al mismo tiempo, singular y misteriosamente, ella mantiene viva la llama de la esperanza. Cuando nadie sabe qué hacer, dónde ir, cómo responder, María preserva la certeza de que Dios no ha dicho la última palabra, de que su amor es más fuerte que la muerte (cf. Cant 8, 6), de que la Vida terminará triunfando.

En nuestro caminar juntos en pos de Cristo, discerniendo la voluntad del Padre, habrá momentos de dudas, de oscuridad. La sensación de fracaso forma también parte del camino. Cuando esto suceda, acudamos a la Iglesia, que está representada en María, la Madre del Señor. No estamos unidos sólo los miembros de un grupo determinado. Somos, en realidad, parte de la gran comunidad de los bautizados, extendida por toda la Tierra y a lo largo de los siglos. Dios no se contradice, por eso nunca se cuestionan las materias definidas dogmáticamente, sino que se acogen con religioso obsequio de voluntad. Refugiarse en el regazo de María supone para nosotros actualmente ponernos confiadamente en los brazos amorosos de nuestra Santa Madre, la Iglesia.

Oración

Señor, concédenos la gracia de sentir con la Iglesia, de armonizar con su corazón materno. Que, para en todo acertar, aceptemos con gusto decir ser negro lo blanco que creemos ver si la Iglesia Jerárquica así lo determina; creyendo que entre tú, Cristo esposo, y la Iglesia, tu esposa, es el mismo Espíritu quien nos gobierna y rige para la salvación de nuestras almas¹⁷.

Dios te salve...

Señor, pequé. Tened piedad y misericordia de mí. Bendita y alabada sea la Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo, y los dolores y lágrimas de su Santísima Madre. Amén.

DECIMOCUARTA ESTACIÓN

JESÚS ES PUESTO EN EL SEPULCRO

V:/ Te adoramos, Cristo, y te bendecimos

R:/ Que por tu Santa Cruz redimiste el mundo.

Del evangelio según san Juan (19, 41-43)

Había un huerto en el sitio donde lo crucificaron, y en el huerto, un sepulcro nuevo donde nadie había sido enterrado todavía. Y como para los judíos era el día de la Preparación, y el sepulcro estaba cerca, pusieron allí a Jesús.

Meditación

Esperanza.

¹⁷ Cf. S. IGNACIO DE LOYOLA, *Ejercicios Espirituales*, 365.

La descripción que san Juan hace de la sepultura de Cristo está ya preparando el corazón de los lectores para la gran sorpresa que acontecerá al tercer día. El huerto remite al jardín del Edén. Cristo, el nuevo Adán, va a abrir de nuevo el camino al paraíso del que, por el pecado, fuimos desterrados. La vegetación, en primavera, está a punto de despertar, anunciado el fruto eterno del grano de trigo que cae en tierra y muere para ser fecundo (cf. Jn 12, 24). Los sepulcros nuevos se reservan para los reyes, y lo estrena Aquél que es Señor de cielo y tierra. Los judíos se están preparando para su Pascua, que no es más que profecía de la resurrección de Cristo, a través de la cual abandonamos la esclavitud del pecado y el dominio de la muerte para pasar a la gozosa libertad de los hijos de Dios, herederos de la resurrección.

Caminamos juntos entre nosotros y con Cristo para llegar al Cielo. Nuestra meta es la resurrección. Estamos llamados a compartir la gloria divina de quien quiso participar de nuestra naturaleza humana. El discernimiento sobre las decisiones que debemos tomar en nuestra vida personal y comunitaria debe estar siempre iluminado por la luz de la esperanza. Sólo así adquirimos la santa indiferencia necesaria. Las cosas que suceden en el tiempo, por relevantes que nos parezcan, en realidad nunca tienen demasiada importancia. Lo eterno es lo único que tiene auténtico valor, la perspectiva adecuada desde la que juzgar las cosas que suceden en este mundo que pasa.

Oración

Señor Jesús, reaviva en nosotros la virtud de la esperanza. Que desde ella ni nos gloriemos de nuestros aciertos ni nos deprimamos por nuestros errores. Nada pesa lo que la gloria que un día se nos descubrirá (cf. Rm 8, 18), y que tú nos has regalado a través de tu resurrección.

Padre nuestro...

Señor, pequé. Tened piedad y misericordia de mí. Bendita y alabada sea la Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo, y los dolores y lágrimas de su Santísima Madre. Amén.